

---

## ‘¿No hay acuerdo con Irán? Mejor eso que uno malo’ Artículo publicado en *The Wall Street Journal*, 26.11.14

Prácticamente todos los gobernantes occidentales han declarado, acerca del programa nuclear iraní: "no llegar a un acuerdo es mejor que llegar a un mal acuerdo". Lamentablemente, la retórica no se ajusta a la realidad. Nos hemos enterado de la existencia de cartas secretas que rogaban a Irán alcanzar un acuerdo; sabemos del apetito empresarial por normalizar las relaciones con el régimen de los ayatolás; y podemos intuir la necesidad psicológica de tachar a Irán de la lista de problemas pendientes.

Aun así, un mal trato es un mal trato. El 24 de noviembre, fecha límite para llegar a un acuerdo, ha pasado de largo sin haber logrado ningún cambio significativo en las exigencias iraníes ni una mayor cooperación por parte de Teherán. A pesar de ello, los países occidentales, encabezados por la administración estadounidense, han ampliado las conversaciones hasta el verano que viene. Estamos tan dispuestos a seguirle el juego a Irán que creo que nos encaminamos a firmar un acuerdo muy malo.

Hace más de una década, cuando se descubrieron los esfuerzos nucleares clandestinos de Irán y su posible aplicación militar, la comunidad internacional exigió –a través de varias resoluciones de las Naciones Unidas– el total desmantelamiento de las instalaciones destinadas al enriquecimiento de uranio. En el último año y medio los negociadores occidentales han abandonado este objetivo y han concedido a Irán el derecho a enriquecer uranio.

Así que ahora las conversaciones nucleares se centran sobre qué nivel de enriquecimiento se le permitirá y cuántas centrifugadoras puede utilizar. Pero estos tecnicismos no deberían impedirnos ver la verdad que subyace a todo esto: Irán será, si logra más concesiones en este sector, prácticamente una potencia nuclear. Tendrá la capacidad de producir uranio poco enriquecido y la infraestructura para pasar a un enriquecimiento de nivel militar cuando los gobernantes iraníes así lo deseen.

Hace diez años, cuando comenzaron las primeras conversaciones, Irán no tenía capacidad operativa para hacer una bomba. Ahora, Irán dispone de todo el conocimiento, los componentes y la infraestructura para producir material fisible y probar sistemas de lanzamiento, y el know-how para dominar su transformación en armas.

Al tratar de quitarnos de encima la cuestión nuclear para poder normalizar las relaciones con Irán y que el país pueda reintegrarse en los círculos internacionales, estamos intentando correr antes de andar. Es un cambio de 180 grados desde la revolución iraní de 1979, cuando la República Islámica fue declarada estado patrocinador del terrorismo y considerada una potencia revolucionaria dedicada a transformar el orden mundial.

Evidentemente, a todo el mundo le gustaría tener un Irán "normal" que respetase las normas internacionales y cooperase con otros países. Pero la

realidad es que Irán continúa siendo la República Islámica, con todas las ambiciones de una potencia regional hegemónica. Su historial de derechos humanos, con una ejecución cada siete horas, es deplorable. Sus lazos con grupos como las organizaciones terroristas Hamas y Hezbolá, a quienes suministra armas, dinero y asesores, son más fuertes que nunca. Y su apoyo a regímenes sangrientos como el sirio, o a gobiernos sectarios como el iraquí, ha generado más inestabilidad y problemas que soluciones.

La República Islámica está presente y ejerce influencia sobre el Líbano, Siria, Yemen e Iraq, y ha pagado un bajo precio por la expansión de su poder. Al contrario, los ayatolás han retenido lo que más querían: la capacidad para enriquecer uranio.

El presidente iraní, Hasan Rouhani, podrá sonreír e incluso mostrarse genuinamente interesado en hacer algunas reformas, pero el verdadero poder de Irán, el Líder Supremo Alí Jamenei, está personalmente consagrado a alcanzar el ideal avanzado hace tres décadas por el ayatolá Ruhollah Jomeini: un gobierno persa, Chií, revolucionario, teocrático (y despiadado). Pensar que las grandes concesiones por parte de Occidente fortalecerán a los denominados iraníes moderados es tan ingenuo hoy como lo era hace años. Jamenei y la Guardia Revolucionaria saldrían fortalecidos de un acuerdo; el pueblo iraní quedaría bajo la opresión del régimen durante años y años. Ningún demócrata puede asimilar fácilmente semejante propuesta moral.

Finalmente, Irán nos ha estado engañando desde el principio. Teherán desarrolló un programa nuclear clandestino y sólo reconoció su existencia tras ser revelada por disidentes iraníes en 2002. Doce años más tarde, el último informe del Organismo Internacional de Energía Atómica, el perro guardián de la ONU, muestra que Irán aún esconde aspectos críticos de su programa nuclear.

¿Creemos acaso que Irán se convertirá de repente en un régimen transparente y verificado? Si los gobernantes de Teherán tienen algún interés en alcanzar un acuerdo es porque han sido obligados a ello. Las sanciones económicas son demasiado costosas para la propia supervivencia de los líderes. Algunos piden ahora a Occidente que sea más flexible con las sanciones, tras haber suprimido ya algunas de ellas el año pasado como recompensa a Irán por su disposición a hablar con nosotros. Pero las concesiones solo fortalecerán a las líneas duras de Teherán que creen que Occidente simplemente se debate entre el apaciguamiento o, directamente, la capitulación.

Así las cosas, ahora se aproxima otra ronda de conversaciones nucleares con Irán. Deberíamos prestar atención a las palabras del Primer Ministro israelí, Benjamín Netanyahu, cuando dice, "no nos apresuren a llegar a un acuerdo que permita a Irán apresurarse a tener la bomba". La presencia de una República Islámica Chiita con armas nucleares en un Oriente Medio ya inestable de por sí, tendría repercusiones nefastas en todo el mundo. No es momento de hacer más concesiones, sino de ejercer más presión sobre los ayatolás.